

LAS DROGAS ALUCINANTES DE LOS HUICHOLAS

por
Fernando Benítez

Publicamos un capítulo del próximo libro de Fernando Benítez donde se describe la Fiesta del Maíz Tostado, la cual cierra el importante ciclo del peyote, iniciado ocho meses atrás con la peregrinación que todos los años emprenden los huicholes a Catorce —el lejano desierto de San Luis Potosí— reproduciendo la cacería mágica del Venado, realizada por los dioses en el tiempo originario. Aparte de su valor etnológico, ya que por primera vez se da a conocer el mito de la cacería, este capítulo tiene el doble interés de ofrecer no sólo las experiencias del autor, sino un primer estudio comparativo entre los efectos del "ácido" en una sociedad civilizada y rica —los adeptos de la LSD— y sus efectos en una sociedad primitiva. De este modo, Fernando Benítez ha transformado una fiesta olvidada y secreta en un relato excepcional.

EL ciclo del peyote se inicia con la Fiesta de los Elotes y las Calabazas y termina con la Fiesta del Esquite, llamada también Fiesta del Maíz Tostado. Estamos a la mitad de mayo, en el corazón ardiente de la seca. El paisaje de las Guayabas recuerda el paisaje de noviembre cuando nuestros amigos regresaron de su accidentado viaje a Viricota. La milpa que rodeaba el calihuey¹ de donde surgió bruscamente el enviado de los peyoteros ha desaparecido; en su lugar se extienden los surcos duros y cenicientos cubiertos de rastrojo. Las hojas nuevas de los robles son las únicas manchas verdes en este paisaje amarillo y devastado que aguarda las primeras lluvias.

Como de costumbre los huicholes están muy atareados en los preparativos de la fiesta. Hombres y mujeres se pintan la cara con "usha"² —de preferencia puntos y rayas—, alistan las ollas del tejuino, los tamales y el atole. Todos beben peyote molido y disuelto en agua. Hay muchos niños, muchos hombres y mujeres venidos de las rancherías cercanas y no faltan los "vecinos" instalados en las afueras del calihuey con sus garrafones de sotol y tequila.

En la plaza se han establecido pequeños espacios circundados de ramazones, unos ya ocupados por las mujeres que tienen a su cargo la preparación de las comidas y otros que se reservan a los peyoteros invitados de los pueblos cercanos. Los de Las Guayabas carecen del centro ceremonial de San Andrés y no pueden ofrecerles a sus huéspedes un mejor alojamiento, pero las enramadas crean cierta intimidad y después de todo a los huicholes no les desagrada dormir al aire libre.

A la caída de la tarde los peyoteros vuelven de cortar leña y anuncian el regreso haciendo sonar sus cuernos. La vida se

concentra no adentro sino afuera del Calihuey que mantiene apagado el fuego. Poco a poco brotan las hogueras al cobijo de sus biombos. Brillan las primeras estrellas y la alta mesa de San Andrés se oscurece. De nuevo se inician en la tibia noche de cal y de pajonales resecos, los juegos, los cuchicheos, las toses de los pequeños, las carreras de las mujeres y de los hombres seguidos de sus hijos y de sus perros que cruzan las hogueras ora bañados por la dorada claridad del fuego, ora moviéndose en la penumbra creada a la luz cenital.

Más tarde llegan los peyoteros de Santa Bárbara, los primeros invitados, anunciándose con sus cuernos. Hilario, su hermano Antonio, su hijo Daniel que lo ha sustituido en el cargo de gobernador, su hijo Eusebio³ y los encargados de las jícaras, lo reciben llevando velas en las manos y tocando sus violines y sus guitarras. Al frente de los peyoteros viene Tatevarí Maracame,⁴ un Cantador de elevada estatura cubierto con un sombrero de copa desmesurada y cuajada de plumas. Trae como presentes una cabeza de venado disecada y una jícara con peyote. En la recepción se despliega la etiqueta reservada a los embajadores de los países vecinos. Los huéspedes han hecho el viaje a Viricota y como sus anfitriones, está sacralizados. Son un poco dioses y se les acoge con la seria dignidad y el afecto reverencial propios de sus ceremonias religiosas. Apenas la punta de sus dedos toca el hombro de sus invitados: "Han llegado a su casa. Están en su casa. Deben sentirse cansados y necesitan reposar. Sean bienvenidos."

Aceptan la jícara de peyote, la beben juntos y los llevan a la enramada que les tienen dispuesta. Luego se anuncian los peyoteros de San Andrés, de San José y de Cohamita a quienes se les hace idéntica acogida.

¹ Templo huichol también conocido con los nombres de toquipa o ririqui.

² Usha, raíz de una planta que crece en la ruta del peyote. Molida, proporciona el tinte amarillo con el cual los huicholes que van a Catorce pintan sus caras, sus vestidos y los objetos del culto. Es el color simbólico del peyote.

³ Hilario, su hermano y sus hijos, constituyen una familia de chamanes llamados en la Sierra maracames o cantadores.

⁴ Eusebio fue la principal figura religiosa del viaje. Representante del Abuelo Fuego, Tatevarí, lleva su nombre. Él marcha a la cabeza de la fila, él lleva los bules con el tabaco macuche —el corazón del fuego— y él es el único que puede encender la hoguera ritual, en compañía de sus dos ayudantes.



Prendidas las hogueras, los Maracames se sientan en los equipales acompañados de sus ayudantes y cerca de las doce inician el largo canto de la cacería del Venado Tamatz realizada en el principio del mundo por los dioses y los animales sagrados de Toquipa.⁵

LA CACERÍA MÁGICA DEL BISABUELO COLA DE VENADO

La Tierra, Nuestra Madre Tatei Urianaka, se detuvo para oír a los dioses. Los dioses querían ir a Leunar, el sitio que ahora llamamos Cerro Quemado y Tatei Urianka convino en que emprendieran el largo viaje.

Marrakuarrí, acompañado de su mujer, inició el viaje desde el centro del mundo. Cuando llegaron ambos a las lagunas sagradas de Tatei Matinieri,⁶ después de caminar ocho días hallaron a los dioses ya congregados a la orilla del agua.

“¿Traen las ofrendas ordenadas por Tatei Urianaka?” —le preguntaron los Dioses. Entonces se vio que le faltaban el tabaco silvestre (awakame), dos pericos, uno grande y verde, otro chico, de copete colorado y el pájaro wainio, amarillo y negro, el que vive en las orillas boscosas del Lerma.

Marrakuarrí dejó a su mujer con los dioses y emprendió el regreso al centro del mundo, a las cercanías del Gran Mar, donde tiene su morada Tatei Narema. La Diosa le dio las semillas necesarias y le dio también una jaula.

Marrakuarrí sembró las semillas, cazó los pájaros y esperó. En aquella época las plantas crecían aprisa, por tanto a los tres días floreció el tabaco silvestre. Durante esa breve espera pecó Marrakuarrí y voy a decir en que consistió su pecado:

Mientras esperaba, vio a una muchacha bañarse en el río y, movido por su belleza, olvidado de su mujer y de las ofrendas, corrió a su encuentro.

Cuando Marrakuarrí volvió al sembrado, halló que las hormigas habían devorado el tabaco dejando únicamente las migajas. Se apresuró a juntar los restos, los echó en su bule y emprendió de nuevo la marcha hacia las sagradas lagunas de Tatei Matinieri.

Llegado al cuarto altar, al altar llamado Nairaka Niwetari, su mujer le salió al encuentro diciéndole: “¿Por qué tardaste? He venido a buscarte.” Marrakuarrí trató de abrazarla pero la carne de la mujer se le deshizo entre los brazos, se le derrumbó toda y se convirtió en una mosca.

Comprendió Marrakuarrí que su mujer había muerto. Para quedar más libre, dejó su jaula y corrió tras la mosca, hacia el Poniente, sin perderla de vista.

La mosca buscó el refugio de Tatei Narema. Marrakuarrí en vano quiso tomarla. En vez de permitirle arrimarse, la Diosa cortó un carrizo, metió la mosca en el cañuto y tapándolo con un algodón se lo dio a Marrakuarrí: “Tómalo, le dijo, y sé prudente. Ahora ya puedes salir a Viricota.”

⁵ Doy aquí una versión aproximada del mito. Dispuse de traductores indios que hablan el español de los mestizos más pobres. Me doy cuenta que no llena los requisitos exigidos por los etnólogos, pero hasta la fecha no existe otra versión más detallada. Respeta la anécdota y traiciona el estilo del cantador huichol.

⁶ En esas lagunas situadas a corta distancia de Salinas, en San Luis Potosí, viven las diosas de la abundancia y de los niños. Lugar particularmente sagrado, allí se inicia Ririquitá, el último tramo del viaje, visto por los huicholes como un templo. Comprende Viricota y Leunar, el Cerro Quemado, donde se hundió el sol recién nacido.

El primer día de viaje, alcanzó el primer altar, Sheini Niwetari, el segundo día alcanzó el segundo altar Jutariaka Niwetari, el tercer día alcanzó el tercer altar Jairaka Niwetari. Durmió en los tres altares y por las mañanas cuando despertaba, veía a su hermosa mujer acostada a su lado, sin embargo, no podía acercársele: al menor movimiento, la mujer, convertida en mosca, volvía a meterse en su cañuto.

Así llegaron al cuarto altar llamado Nairaka Niwetari, donde la había encontrado, y ahí, sin poder contenerse, se arrojó sobre ella. Esta vez la mosca no volvió a su cañuto sino que desapareció en las alturas. Con la tristeza en el corazón Marrakuarrí retomó su camino. A poco andar halló su jaula vacía. Los pájaros se habían escapado dejando una pluma. Por eso los huicholes sólo llevamos a Leunar tres plumas: dos verdes de perico, más la del pájaro wainio, negra y amarilla.

En el Cerro de la Éstrella, la Diosa Shurawe Muyaca, guardiana de la puerta le salió al paso: “Confiesa aquí tus pecados, todos tus pecados. De otro modo te volverás loco en Cerro Quemado.”

Marrakuarrí hizo la gran confesión ante la Diosa y así franqueó las puertas azules de Ririquitá, ya que allí comienza el calihuey. Llegado a Jaiquitenie, la segunda puerta del ririquí, cuyo nombre significa la Puerta de las Nubes, se limpió cuidadosamente todo el cuerpo con una pluma verde y la dejó colgada del arbusto maturashno, pues allí comienza el arbusto pequeño del desierto.

Siguió adelante, hasta el lugar hoy conocido como el Equipal de Aguila donde se limpió con la segunda pluma verde, la cual asimismo dejó colgada en el arbusto maturashno. El tiempo que permaneció en Jaiquitenie, se vio el águila sentada en la roca, se le vio sentada en su equipal y al marcharse Marrakuarrí, se borró este prodigio, mas el lugar quedó bautizado para siempre.

A los dioses, sentados al borde del agua donde vive Tatei Matinieri, les presentó con reverencia las ofrendas. “Has crecido en el viaje y has sufrido” —le dijeron—. “De hoy en adelante te llamarás Tamatz Marrakuarrí, el que ha traído todo y te llamarás asimismo Tamatz Tzaurishicame, el que sabe, el que ya entiende. Puedes ir sin cuidado a Tatei Tuijapa”.

En Wauriquitenie, la tercera puerta, pidió permiso de entrar a Tatei Tuijapa y la Diosa le dijo al mismo tiempo que se la abría: “Puedes entrar a Viricota y subir a Cerro Quemado. Sé muy bien quién eres. Los Dioses te han llamado Tamatz Marrakuarrí y Tamatz Tzaurishicame.”

Al entrar a Viricota se limpió con la última pluma, con la pluma que es negra y amarilla y ofreció a los dioses las flechas y las jícaras, adornadas de cuentas preciosas. “Has cumplido y estamos satisfechos. Los que vengan detrás de ti, seguirán tu camino, harán lo mismo que tú has hecho.”

Después de descansar en Warley, Marrakuarrí inició el as-





censo del Umumui,⁷ la escalera divina, la que tiene cinco escalones dispuestos del modo siguiente: el primero, Sheiwitari, está al pie del cerro; el segundo, Jutariaka Niwetari, se halla en su falda; el tercero, Jairaka Niwetari, está a la mitad del cerro; el cuarto, Nairaka Niwetari, entre la mitad y la punta, y el quinto, Ashuwilieka, se halla en la parte más alta, desde la cual se abarca casi todo Ririquitá.

Los dioses lo aguardaban sentados alrededor del agujero que hizo el sol recién nacido cuando se hundió la primera vez convirtiendo los árboles en cenizas. *“Padres míos, dijo Marrakuarrí, he venido de lejos a traerles sus ofrendas. Recíbanlas. Yo se las doy con todo el corazón.”*

“Así lo queríamos. Ofrece las flechas, las jicaras, el tejuino, las galletas, el chocolate. Luego volverás al Poniente donde te esperan tu Madre Urimávika y tu Padre Yukávima.”

En forma de viento, acompañado de los dioses, bajó Tamatz impetuosamente de Cerro Quemado doblegando las hierbas, haciendo sonar con fuerza las ramas de los árboles y por esa razón todavía se producen remolinos en Leunar.

Urimávika había prendido dos velas en la Sierra; una para recibir a su hijo Tamatz y otra para sus dos hijas, también venidas de lejos; Jacaibi era el nombre de la mayor; Jamaibi, el de la más pequeña.

Tamatz vivía desde entonces con su madre en Turánita, un lugar escondido, de altas hierbas y todos los días, asomado a una meseta llamada Shautarietakúa, espía a sus hermanas que pacían en el valle. A veces aparecían como mujeres, a veces como venadas. Tamatz las veía y deseaba enamorarlas y deseaba cazarlas.

Urimávika, en aquel tiempo hizo a Tamatz su arco y su flecha. El primer día, ya armado, salió al Sur y allí mató a Shaurikue, el águila negra con plumas blancas en la cola, llevándola como trofeo a su madre. *“Eres un gran cazador y estoy orgullosa de tí”,* le dijo Urimávika. El segundo día se fue al Norte y cazó al águila Piwame, pequeña y cenicienta con rayas negras en la cola. El tercer día cazó en el Poniente el águila Japuri, de color gris, que tiene algo de rojo en el cuello. El cuarto día, en el Oriente, abatió a Kuishutasha, el águila de pecho blanco, alas negras y cola amarilla. El quinto día, parado en medio de la Sierra llamó a Werika, la gran águila, la más brava de todas, la que puede matar a los hombres y a los venados. *“Baja —le gritó—, quiero hablar contigo”,* pero Werika tuvo miedo y no contestó a su llamado.

Marrakuarrí, colérico, cortó una brazada de popotes, las hierbas que nosotros los huicholes llamamos kimai, les prendió fuego y se levantó una gran humareda. Del humo salió tusha, el águila blanca con las alas punteadas de negro que fue abatida en pleno vuelo y debido a esto cuando quemamos el monte se ve a las águilas volar asustadas entre las humaredas.

El sexto día, Marrakuarrí halló dos águilas paradas en un árbol. Una de ellas era la misma Werika,⁸ la otra era Ralú, el

águila grande y negra, que tiene plumas grises rayas de blanco en la cola. Primero voló Ralú y en el aire fue cazada por la flecha certera de Marrakuarrí; en seguida voló Werika y una segunda flecha le traspasó el corazón.

El séptimo día, Marrakuarrí, sediento, se dirigió a su ojo de agua. Era este ojo un lugar secreto y nadie, fuera de Marrakuarrí, podía beber en él. Cuando llegó Marrakuarrí vio que un puñado de flores recién cortadas, las flores blancas llamadas tzeuye, flotaban en el agua y vio señales de pisadas en la orilla del manantial.

“¿Quién bebió de mi agua?” se preguntó Marrakuarrí. *“¿Quién se atrevió a ensuciarla?”* Sus ojos brillaban de cólera y bramaba fuerte —reu- reu—, como braman furiosos los venados en el monte.

Marrakuarrí siguió el rastro de las pisadas. De pronto, en medio del bosque, saltó Jacaibi y luego la hermana menor Jamaibi, y aunque desapareció como un relámpago entre los árboles, Marrakuarrí tuvo tiempo de dispararle una flecha abajo del brazo. Marrakuarrí les cortó la vuelta, volvió y se revolvió inútilmente. *“¿Hacia dónde arrancaron? ¿Adónde se han metido?”* —estaba diciéndose cuando muy cerca de él, descubrió a dos muchachas. *“Perdonen —les preguntó—, no han visto a dos venadas? A una de ellas la alcanzó mi flecha y está herida?”* *“No, no las hemos visto —respondieron—. Para qué vamos a echarle mentiras.”*

No se habían alejado las dos muchos pasos, cuando Marrakuarrí vio su flecha bajo el brazo de Jacaibi. *“Esta es mi flecha —les dijo alcanzándolas—. ¿Dónde la tomaron?”* Ellas le respondieron: *“La flecha es nuestra. Es un regalo de nuestra madre Urimávika.”* Al instante, sin que Marrakuarrí pudiera evitarlo, Jacaibi se le arrojó a la derecha, Jamaibi a la izquierda y lo tomaron fuertemente de las manos. Marrakuarrí se echaba para atrás y las hermanas lo jalaban para adelante, se echaba para adelante y las hermanas lo jalaban para atrás. *“Suéltame pues, —les decía Tamatz—, no me gusta que nadie me agarre.”* A la fuerza lo llevaron a Shautarietakúa, llamado también Reutateacú, el lugar donde se asomaba para espíarlas. *“¿Por qué nos gritaba desde aquí? ¿Por qué nos ha molestado? ¿No le gusta que nadie lo agarre y siempre nos anda buscando?”*

“Los dioses me han dado esta flecha y este nierika⁹ y me han dado los nombres de Tamatz Marrakuarrí y Tamatz Tzaurishicame, y por esta razón nadie puede tocarme.” Las muchachas, al oír estas palabras aflojaron un poco y Marrakuarrí clavó su flecha en el suelo y dejó su nierika en una jícara, como ofrenda a los dioses.

Anduvieron después cinco pasos, que en aquel tiempo representaban cinco días y llegaron a un lugar donde crece el amole. *“Prueba esta comida, le dijeron Jamaibi y Jacaibi. Debes tener hambre.”* Los tres comieron un poco, mas a Parítzika, el amole, la yerba llamada kariuki, le pareció muy amarga. Al

⁷ Pequeña piedra labrada en forma de escalera que figura en los templos. Por extensión se le da este nombre a la cuesta de Cerro Quemado, donde se disponen cinco altares azules. El umumui es la escalera de que se vale el chamán para emprender su ascensión mística.

⁸ Werika Wimari, es el águila que vive en el cielo y cuida la puerta del lugar donde viven los muertos. Las plumas de Werika y de otras águilas, atadas a una vara, forman el murievi, el cetro de plumas dotadas de grandes poderes mágicos, sin el cual el chamán no puede curar, ni cantar, ni oficiar en el culto.



segundo paso hallaron el zacate jaukusha; al tercer paso, el árbol otusha que crece en el fondo de los barrancos. De necesidad de hambre comía Marrakuarrí; no le quedaba más remedio que aguantarse y estaba bien triste.

Al cuarto paso hallaron el palo de pochota. Marrakuarrí apenas comió sus hojas amargas. Su tristeza aumentaba. Al quinto paso entraron en el monte tupido, donde crece el utzi, el árbol de grandes ramas que siempre comen los venados. Pensó Marrakuarrí: *"He dejado mi flecha, mi jicara, mi nierika, las venaditas me traen de un lado para otro y no me dejan solo un momento. Las dos son hermosas; las dos me quieren y yo comienzo también a quererlas. Mejor me les arrimo."*

Paritzica durmió con ellas esa noche y a la mañana siguiente le dijeron las hermanas: *"Debemos hablarle a nuestra madre Urimávika. Veremos si ella te acepta en la casa."*

Urimávika estaba echada y cuando vio a sus hijas se levantó: *"¿Qué les ha pasado? Ya no son las mismas que eran antes. ¿Dónde está el que durmió con ustedes? ¿Dónde lo dejaron?"*

"Lo dejamos cerca de aquí. Nosotras hemos venido a rogarle que lo acepte en la casa."

"Vayan por él, respondió Urimávika, y si es trabajador se quedará con nosotras."

Paritzica se había marchado al monte y estaba comiendo las ramas del itzú. *"Ven con nosotras, le dijeron, nuestra madre Urimávika te espera."*

Jacaibi adelante, Paritzica en medio y Jamaibi atrás, se pusieron en camino. La Madre, al verlo, sólo le dijo: *"¿Aquí estás?" "Aquí estoy"* —respondió Paritzica.

Urimávika lo hizo sentar en un equipal; extendió a sus pies el itari y sobre el itari dispuso la comida de los venados, la comida llamada jatumare: cinco gorditas de maíz, un pocillo de atole y otro de chocolate. *"Yo sé que ésta es tu comida verdadera. La única que te gusta."* *"Sí, respondió Paritzica, es la comida que me gusta, la que me daba mi madre en el monte."*

"Come, pues, hijo mío y descansa. Estás en tu casa. Tú eres ya un Cantador. Has traído las plumas de las águilas que cazaste en los cinco rumbos cardinales y con ellas harás tus murievis. Los murievis te darán grandes poderes. Sin embargo, debes tener cuidado. A poca distancia está el Toquiqa,¹¹ el calihuey de los animales nocturnos y salvajes. Allí viven el zopilote, el búho, la lechuza, la serpiente de cascabel y otras serpientes venenosas, el jaguar, el león, el tlacuache, las fieras de las cavernas. Vendrán todos ellos con su Cantador, la Serpiente Tekarau y el Ayudante del Cantador, la Serpiente maligna Teiwari Yakuana. Te invitarán a Toquiqa. El Cantador te ofrecerá sus murievis de plumas de búho, de zopilote y de lechuza que son murievis hechizados y si los tomas y aceptas ir en su compañía a Toquiqa, estás perdido y seremos todos muy desgraciados."

"Descuida, madre, contestó Paritzica. Tengo mis murievis de

plumas de águila y yo sabré defenderme."

A poco, según lo había dicho Urimávika, llegaron el Cantador y su Ayudante seguidos de los animales de Toquiqa. Venían bailando y haciendo un terrible ruido. Tekarau era un gran hechicero. Conocía los secretos de la brujería, sabía interpretar los enigmas y era muy persuasivo. Le rogó a Paritzica que fuera con él a Toquiqa. Le prometió hacerlo Cantador de Toquiqa. Con dulces palabras le presentó sus murievis hechizados; y Paritzica, seducido, tomó los murievis que le ofrecía Tekarau.

En el acto se vio rodeado de los animales y fue hecho prisionero. Urimávika lloraba y se lamentaba: *"Te dije que no tomaras los murievis de Tekarau. Ahora te llevarán a Toquiqa y ahí te darán muerte."*

Antes de que se lo llevaran, Paritzica pudo decirle a Urimávika: *"No te aflijas. Vayan las tres al manantial y tan pronto como yo logre escaparme de Toquiqa, me reuniré con ustedes."*

Conducido al calihuey sentaron a Paritzica en un equipal y lo amarraron. Toquiqa era un lugar oscuro. Del techo, atado a una cuerda colgaba un carbón encendido, el carbón llamado tu'mari que daba una luz muy escasa. Paritzica llamó a la rata, conocida con los nombres de Maika o Tuamuratz: *"Tú, Naika, amiga mía, sube al techo, corta la cuerda del carbón con tus dientes y cuando haya caído al suelo y se apague, vienes y me desatas."*

Apenas se hubo marchado Naika a cumplir el encargo, Paritzica les pidió a los dioses que lo ayudaran. *"Tú Nariwame, tú Rapavilleme, tú Acutzarrupa, tú Tatei Matinieri, desencadenen el viento, desencadenen la lluvia para que Naika pueda sin ser vista cortar la cuerda del carbón y librarme."* Se vieron los rayos, se oyeron los truenos, las nubes vinieron del sur y del norte, del oriente y del occidente, se alzó el ventarrón y cayó una tromba del cielo. El agua entraba a raudales; el viento hacía estremecer y gemir los postes y las paredes del Toquiqa.

"Ay, ay, gritaban los animales asustados, ya nos llevó el agua. Ay, ay, nos ahogamos. Ay, ay, ay, aquí nos morimos todos."

Aprovechando la confusión, Naika cortó la cuerda que sostenía el carbón y el carbón se vino abajo, apagándose.

"Se acabó nuestra luz, se quejaban los animales. Nos hemos quedado ciegos."

Se oía la voz de Tekarau: *"Maten a Paritzica. Él es el causante de nuestras desgracias. Si Paritzica sale vivo del Toquiqa, estamos perdidos."*

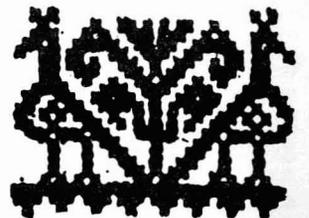
En la oscuridad los animales se arrojaban unos contra otros, luchaban entre sí con sus dientes, con sus garras; las serpientes con sus lenguas venenosas, lo pájaros nocturnos con sus picos afilados. Todo era confusión, aullidos, graznidos y rugidos en el Toquiqa.

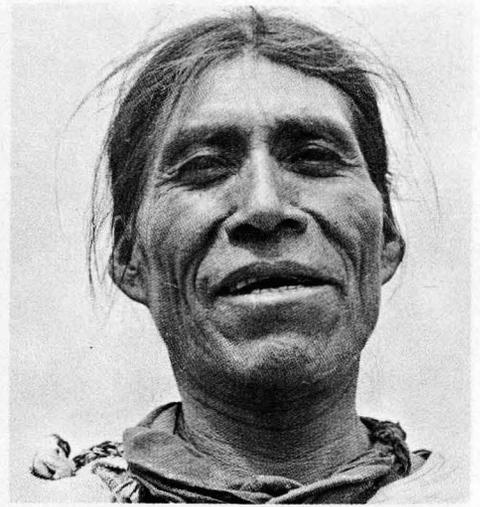
"Ya lo tengo, gritaba la serpiente de Cascabel, ya es nuestro Paritzica."

⁹ Cara de dios. A veces representan las caras de los huicholes.

¹⁰ El Cantador ya no llama al Venado Marrakuarrí, sino Paritzica. Paritzica o Palíkata, es el nombre que le dan los huicholes al Señor de la Caza o Señor de los Animales. Él protege a los venados y a la vez, él los entrega al cazador. Es el Dios de los Venados, con sus dos hermanos menores, y el que los lleva a la muerte. Él regula el monto de la caza mediante una serie de rituales que no pueden ser violados.

¹¹ Existen dos toquipas. Uno destinado a los hechiceros, el malo, y otro destinado a los chamanes, el bueno. Éste es el toquiqa original, sede de los animales hechiceros.





"Suéltame, rugía el león, yo no soy Paritzika, yo soy el león, yo soy Maye."

"Acá, acá, compañeros, decía el Oso. Tengo agarrado de la cola a Paritzika."

"Esta es mi cola, gritaba el Tlacuache. Ay, ay, estás mordiendo mi cola."

Después de pelear largo rato en la oscuridad cesó la confusión. Los animales comprendieron al fin que Paritzika se les había escapado, y heridos, magullados, picados, unos tuertos, otros cojos, se congregaron en torno del Cantador, llegando al siguiente acuerdo: "Takarau debe cantar y decirnos por medio de su canto dónde se halla Paritzika." Empuñó sus murievis hechizados y esto fue lo que dijo Tekarau:

"Paritzika no está lejos de Toquiipa. Lo veo. Está en Yanukuáripa con Jamaibi y Jacaibi, sus dos mujeres y con su suegra, Yukávima, la Madre de las Venadas Hembras. Si nosotros lo cercamos y nos ponemos de acuerdo sobre la manera de cazarlo, pronto será nuestro. Diganme, ¿quién se apostará en el Oriente?" "Yo me apostaré en el oriente", respondió Komatamai, el Zopilote. "Muy bien, y quién se apostará en el Sur?" "Yo me apostaré en el Sur", dijo Maye. "¿Y quién vigilará el Norte?" "Yo vigilaré el Norte", dijo Marraka Tevillare, una víbora que come pollos. "¿Y quién irá al Poniente?" Nosotros iremos al Poniente dijeron las avispas amarillas y negras, los escorpiones, las serpientes Rainiu Tevillare, Ralle Tevillare, Mare Tevillare" y los animales de las cavernas y de la noche a los que nosotros en su conjunto llamamos Cacahullerise Neniocate Lluvicate.

Volando, saltando, arrastrándose salieron a la cacería de Paritzika. Marraka Tevillare fue la primera en verlo y comenzó a silbar: "Allí está, allí está." "Por qué silbas?" le dijeron molestos los animales. "¿No ves que te puede oír Paritzika? Será mejor que ocupes tu lugar y te calles."

"Digo que allí está, porque allí está echado con Jamaibi y Jacaibi", respondió Marraka Tevillare.

Al oír a Marraka, saltó Jacaibi, la hermana mayor que estaba a la derecha de Paritzika, luego saltó Jamaibi, la hermana menor que estaba a su izquierda y los animales del Toquiipa lanzaron sus flechas sin tocarlas, pero entonces, se alzó la Serpiente de Cascabel y esta vez su flecha se clavó en el costado de Paritzika. "Le he pegado. Ahora sólo falta rematarlo", gritó Ralle Tevillare.

Los animales dispararon sus flechas sin dar en el blanco. Sin embargo, a los cuatro pasos, las patas se le doblaron a Paritzika, perdía sangre y se estaba cayendo.

"Aguanta, le dijo Komatamai, el Zopilote. Ven acá, acércate". "¿Acaso no quieres matarme? —preguntó Paritzika—. ¿No eres mi enemigo?" "No, yo he venido a salvarte" —le respondió Komatamai, y arrancándose con el pico una de sus plumas, le tapó con ella la herida. Luego viendo que el Venado se había recobrado, añadió: "Mira, esto es lo que harás: te

llevas esta flecha mía, la mojas en tu sangre y la tiras lejos de aquí. Así, los animales del Toquiipa pensarán que yo te he pegado. Vete y no pierdas tiempo. Ya los oigo venir."

Cuando llegaron los cazadores gritando y saltando como locos, Komatamai les salió al paso: "Eh, compañeros, les tengo buenas noticias. También yo le he pegado a Paritzika, así que lleva dos flechas: la de Marraka y la mía. No debe andar lejos."

La mosca Shaipo, el perro de Toquiipa, siguió el rastro hasta unas hierbas altas y espesas. Shaipo, en lugar de seguir adelante comenzó a volar en círculos sobre las hierbas.

"Aquí está Paritzika. Shaipo lo ha encontrado", decían los animales. Husmearon y buscaron largo rato y no hallaron el cuerpo del venado sino la flecha de Komatamai, todavía mojada en sangre fresca.

"Esta es mi flecha. Miren, todavía le escurre la sangre de Paritzika".

"Qué bien lo hiciste, Komatamai, eres un gran cazador", decían los animales. "Nos falta coorar la pieza, pero Shaipo el perro de Toquiipa, ha perdido el rastro."

Tekarau, el Cantador, tomó la flecha que le llevaron los animales y la examinó atentamente. Al cabo de un rato se levantó y ordenó: "Agarren a Komatamai. Es un traidor que nos ha engañado. No disparó ninguna flecha. Él se la dio a Paritzika para hacernos creer que lo había herido."

"Ahora sí ya me fregaron" —dijo Komatamai al verse rodeado por los animales.

"¿Qué haremos con él?" le preguntaron a Tekarau:

"¿Y qué otra cosa podemos hacer con un traidor sino matarlo? Es necesario matarlo."

Entonces le retorcieron el pescuezo, le arrancaron las plumas de la cabeza y el cuello; con su misma flecha le traspasaron el pico y nuestro amigo Komatamai hasta la fecha está pelón y muestra dos grandes agujeros en el pico. Después Ralla Tevillare lo arrojó por un barranco. El zopilote tuvo fuerza para volar a la Peña Roja, llamada Aurrurita donde se arrancó la flecha del pico.

Entretanto, Paritzika se había reunido en Leunar con Wakuri, su hermano mayor. "Vengo herido, le dijo. Los animales del Toquiipa me han perseguido y estuvieron a punto de matarme. Además, los murievis hechizados de Takarau que llevo en la cabeza, me pesan demasiado. Ve si puedo quitármelos."

Wakuri, utilizando su magia, le desprendió los cuernos y Paritzika convertido en el Venado cuatezón, descansó.

"Come ahora un poco de tus cuernos. Así te sentirás mejor" —le aconsejó Wakuri.

Hizo Paritzika lo que le aconsejó su hermano y cuando quedaba un pedazo pequeño, del tamaño de un jículi, lo dejó en el suelo y, del cuerno, no tardaron en nacer siete flores, siete jículis y la piel que había sido apartada previamente se convirtió en la corteza del peyote.



Transcurrido algún tiempo, Wakuri pasó la mano por la cara de Paritzika y de la punta de su cuerno izquierdo, brotó el nierika que así llamamos al espejo y el escudo de Paritzika; de la punta derecha brotó shakari, la jícara votiva y de las otras ramas de la cornamenta brotaron los murievis del Cantador y la Vela Grande, que da el nombre al lugar Juariyapa, "donde quedó la vela grande de Tamatz".

De este modo se nos dieron a los huicholes, el peyote, los murievis de plumas de águila del Cantador, la Vela Sagrada y las ofrendas que todos los años llevamos a Leunar, el Cerro Quemado.

EL SACRIFICIO SANGRIENTO

Bajé a Las Guayabas, todavía enfermo de bronquitis; la fiebre, durante la primera noche, acentuaba el carácter fantástico y ligeramente espectral de lo que veía. He tendido el saco de noche a corta distancia del calihuey y desde mi lugar observo a los huicholes entrar y salir del templo. A la luz temblorosa de las hogueras, medio veladas por su biombo de hojas de roble ya marchitas, sus melenas cortadas al estilo medieval y los faldones abarquillados de sus camisas, les dan la apariencia de unos extraños arcángeles. No se puede decir que pisen la tierra. Se deslizan sin ruido, siempre ocupados en un menester mágico que me es desconocido. A lo lejos se escuchan los cantos monótonos de los chamanes, sentados en sus elaboradas sillas y rodeados de familiares y vecinos. Cuando avivan las hogueras surgen rostros bellísimos que, a poco, vuelven a devanecerse en la oscuridad. Frente a mí, una niña llegada de un pueblo lejano, está sentada en medio de una enramada. Ha terminado su pesada tarea de acarrear agua, echar las tortillas y cuidar a sus hermanitos. Seria, atenta, sintiéndose sola, su cara pintada de rojo y amarillo expresa una profunda concentración. Así está dos o tres horas. Se la hubiera creído dormida y si la hoguera no hiciera brillar sus ojos y, de tarde en tarde, no se rascara la cabeza.

En ocasiones salgo de mi duermevela y oigo los cantos pastosos de los chamanes, retomados y prolongados al final por las voces agudas de sus ayudantes. Hundido en la grieta de la sierra, el cielo acotado por los oscuros contornos de los montes resplandece de estrellas. El humo de los fuegos asciende llamando a las nubes que nacen del mar.

Al amanecer principia la danza del peyote. Llevan bules con agua sagrada, cabezas y pieles de venado, rifles, flechas, lazos y desde luego la Ardilla¹² que será enterrada poco antes de concluir la fiesta. Bailan formando un círculo frente al calihuey y levantan espesas nubes de polvo. Participan los hombres, las mujeres, los niños. Se lanzan hacia delante, con todo el cuerpo, al compás de la música, dan un paso largo, luego juntan los pies y golpean con fuerza la tierra a fin de que los dioses los escuchen en sus moradas subterráneas.

¹² La ardilla, uno de los animales que robó el fuego sagrado, está estrechamente ligado al viaje del peyote. Representante de los peyoteros, desempeña un papel importante en la lucha que emprenden las mujeres contra el cacto sagrado, al regresar del viaje sus maridos. Se le entierra solemnemente poco después de la Fiesta del Esquite.

A la cabeza va un joven de piernas atléticas y grueso cuello que marca el ritmo y dirige las evoluciones. Es el modelo y el guía. Se ha cubierto la cara con un pañuelo de seda para defenderse del polvo y aunque baila también proyectándose con toda su fuerza y gira sobre sí mismo, no da la impresión de arrebatado sino de contención y de apego a la tierra. La danza se hace más rápida. El guía hace una señal y todos se dirigen velozmente al calihuey, retroceden ante la puerta, corren de nuevo hacia las hogueras y regresan de nuevo, cinco o seis veces, hasta las 7.25 en que una ceja de luz creciente, sobre la mesa de San Andrés, anuncia la aparición del Sol. Se acerca el momento supremo, el viejo y puntual surgimiento del Padre Sol que nosotros ya no advertimos rodeados como estamos por los humos y las nieblas de las grandes ciudades. Aquí hay todavía una relación viva, un sentimiento de alegría y gratitud, una conciencia de que el renacer de la vida depende de ese suceso mágico, y se vuelve a esa edad en que la trascendencia del Sol no se debía a sus complejos procesos termonucleares, sino a un prestigio sagrado, a un don de los dioses que se otorga no de una manera gratuita sino como un acto que reclama imperiosamente el sacrificio y la cooperación de todos los hombres.

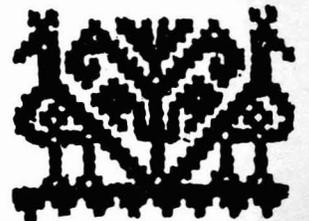
Renace la vida. La luz dora las hierbas secas haciendo que el rastrojo, los surcos, las piedras, las hojas de los árboles se conviertan en una materia virginal recién salida de las fraguas celestiales. Se impone un gigantesco espejismo: "Lo que Adán había visto la mañana de la creación, el milagro de la existencia desnuda."

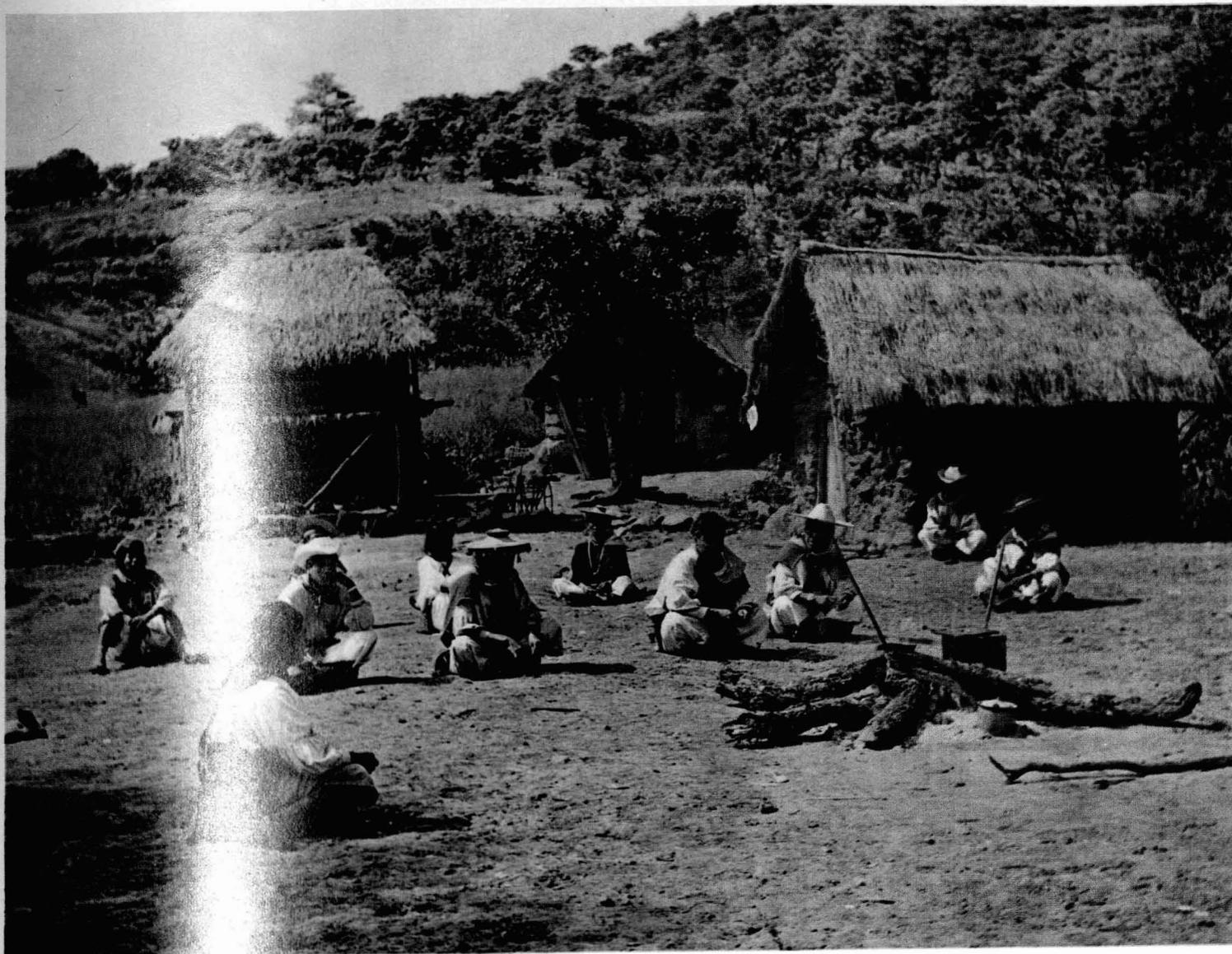
Se mata al toro que toda la noche ha permanecido atado junto al calihuey. Ahora no es sólo la sangre recogida en las jícaras la que va a alimentar al sol, sino también la espesa leche del peyote. Los maracames mojan con sangre y peyote las flechas y las tortillas y utilizándolas como hisopos asperjan al sol vueltos hacia el oriente, asperjan las mazorcas que se han sacado del calihuey, los tamales, las cabezas y las ropas de los fieles. Concluido el ofrecimiento y la sacralización, apagan las hogueras con agua sagrada y reanudan indefinidamente la Danza del Peyote.

SACRALIZACIÓN DE LA TIERRA

Los peyoteros de Las Guayabas que fueron al Catorce han terminado de desmontar sus campos en espera de las próximas lluvias; se trata de sacralizar la tierra comunal, la que pertenece al calihuey y de la cual se obtiene el maíz para hacer el tejuino, que se tosaré en el comal al terminarse la fiesta.

A las 9, los peyoteros se dirigen al coamil situado en la ladera de una colima a medio kilómetro de Las Guayabas sin dejar de tocar sus violines y guitarras. Los acompaña Hilario, su hijo Daniel, el nuevo Gobernador, que carga en su morral grandes velas y los bastones de mando envueltos en telas y listones. Un



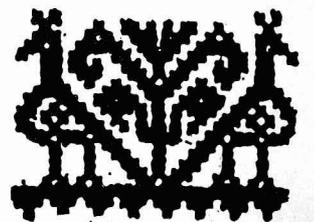
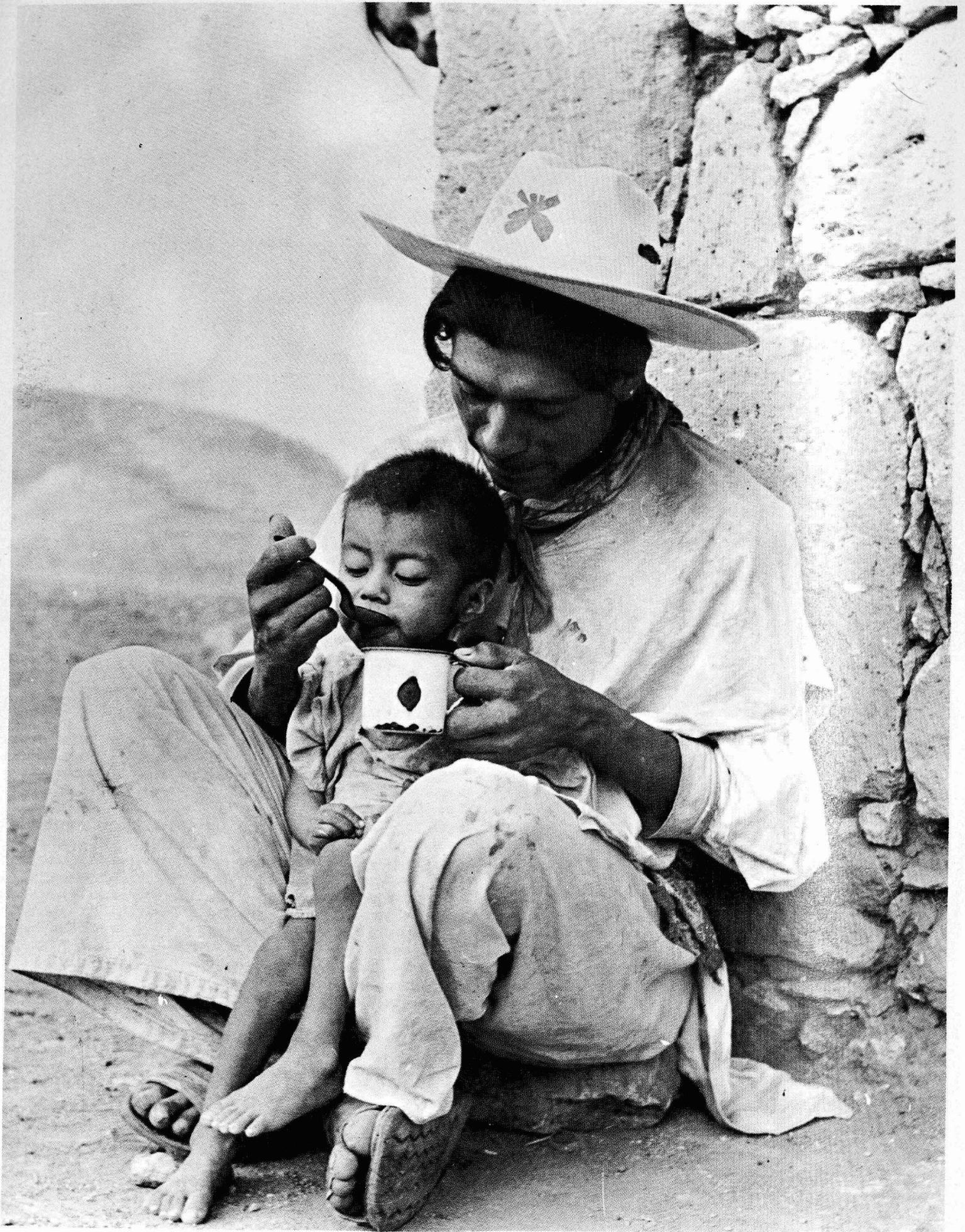


huichol, ataviado con una falda roja de papel y dos paliacates atados a la cabeza que dejan escapar su gruesa melena, tiene la apariencia de una mujer, si bien ostenta el nombre masculino de "El Vaquero". Lleva sujeto de un listón al "toro": muchacho de doce años a quien se le han amarrado los cuernos del animal sacrificado, trenzada su cola con pequeños tamales.

La tierra del calihuey es un trozo de cerro cubierto de piedras, de árboles esmirriados y de maleza ya a medio desmontar. Considerándolo con la mejor voluntad del mundo, no tendrá más de cincuenta metros cuadrados aprovechables, mas para los huicholes significa una verdadera riqueza rodeados como están de peñascos y roquedales estériles.

Apenas llegados al coamil, los peyoteros comienzan a tumbar el resto de los árboles. Hilario lanza gritos animándolos, pero en realidad no necesitan ningún estímulo. Manejan los machetes de hojas curvadas eligiendo con metódica precisión los sitios que ofrecen la menor resistencia. En un momento, los delgados troncos, todavía sin hojas, son derribados. Los músicos, sentados en un claro, no dejan de tocar sus instrumentos. Hilario alterna los gritos con bromas que los hacen reír mucho según la costumbre.

Luego cavan un agujero e Hilario, empuñando sus murievis se dirige primero a los dioses de los cuatro puntos cardinales y después al hoyo que ocupa el centro del coamil. Con agua de Viricota sacraliza las ofrendas: jícara votiva, dos rifles, orejas de venados atadas a pequeñas bolsas, flechas, velas, granos de maíz, flores de papel, carne de venado y las van colocando en el agujero. No es bastante. Utilizando tres grandes peyotes to-





LA VUELTA A LO PROFANO

can las ofrendas consagrándolas de nuevo. Es indispensable sacralizarlo todo, sacralizarse ellos mismos, sacralizar lo que está a su alcance. Puestas las ofrendas en el interior de la tierra, las cubren con troncos y ramas. Dice Hilario:

"Aquí Madre Tierra, Tatei Urianaka, te damos tu comida, tu bebida, tus ofrendas como lo han dispuesto los dioses. Te rogamos, oh madre nuestra, que sigas dándonos buenas cosechas, que ordenes la lluvia para que tus hijos los huicholes puedan seguir viviendo. Ahora que has comido y bebido, nosotros comeremos y beberemos."

Consagradas las tierras descienden a Las Guayabas en fila, terminando una ceremonia cuyo sentido resume de esta manera José Carrillo, el hijo de Hilario:

"La tierra come y debe comer; reclama su comida para que pueda darnos a su vez de comer."

Entretanto continúa la danza. Eusebio y sus dos ayudantes se han sentado en el centro de la plaza, sobre unas vigas; sólo se escuchan los cantos y los sonidos de los instrumentos, ya que permanecen invisibles bajo las densas nubes de polvo levantadas por los pies de los bailarines. Giran en torno de ellos incansablemente. Unos abandonan la plaza y los sustituyen nuevos bailarines que llevan siempre rifle, o pieles, cuernos y cabezas de venado.

En el calihuey tres muchachas bailan sobre un tronco hueco tomadas de la cintura. Resuena el tronco como un tambor y su oscura percusión se une a los gemidos de los violines y las guitarras y a los cantos de los maracames.

Los huéspedes y sus mujeres están sentados a la sombra de una extensa enramada y son objeto de ininterrumpidas atenciones y cortesías. Por lo menos dos veces al día, los anfitriones organizan embajadas para darles regalos, tecomates llenos de tejuino adornados con largos collares de flores, panes, cebollas, plátanos, cigarros y tamales. Se los ofrecen empleando un estilo mitad afectuoso y tierno, mitad solemne y cortés. Existe un divorcio entre esa etiqueta reverencial y sus vestidos y sombreros desgarrados y manchados, entre su belleza, su dignidad principesca y su aspecto de mendigos estrafalarios. Acostumbrados a las humillaciones y al maltrato de los vecinos, a ser vistos como unos parias, aquellos homenajes los conmueven dolorosamente. El séquito de los huéspedes y sobre todo el Hombre de las Flechas se deshacen en lágrimas. Para ocultar su emoción se cubren la cara con los brazos y sollozan unos frente a otros, petrificados por la intensidad de sus sentimientos. Pasada la crisis le dan la mano al Maracame y todos beben enormes cantidades de sotol y tejuino.

Dos o tres horas después se organiza una nueva embajada, esta vez para ofrecer regalos a la mujer y a los niños del Hombre de las Flechas. El gran Maracame se ha derrumbado al fin abrumado a fuerza de regalos y libaciones, su sombrero ha rodado por el suelo y su melena negra le escurre cubriéndole la cara vencida.

La noche del viernes hacen una hoguera de carrizos, no en la plaza, siempre ocupada por los bailarines, sino a corta distancia y en medio de los habituales cánticos, músicas y consagraciones, queman el sombrero de Eusebio adornado con la cola del Bisabuelo Tomatz Kallaumari, las plumas de los sombreros, las flechas de Viricota, las varas con listones de los matehuames,¹³ lo cual supone que se han liberado de las obligaciones contraídas en la peregrinación del peyote. El fuego ha destruido los símbolos de su sacralización y ellos pueden iniciar, sin peligro, su vida profana. El fuego que los purificó los despoja de su investidura sagrada. Se borran de la cara los signos del peyote, los sombreros recobran su antigua apariencia. Es necesario señalar el tránsito de lo sagrado a lo profano y suavizar su retorno a lo cotidiano extremando el desorden, haciendo menos brusca su vuelta a la normalidad. Después de dos días de excesos, se llega al paroxismo. Los hombres lloran, se abrazan, se increpan, comen y beben como locos. Resuena en el calihuey el tronco hueco golpeado con sus pies frenéticamente. Las danzas se avivan. Las suaves músicas en vano tratan de apelar a la razón, de introducir un compás más espaciado en el desfrenado. La ola de la pasión acumulada revienta ahogando sus débiles gemidos. El mismo Tekuamane,¹⁴ el hombre anciano que ha cuidado a las mujeres de los peyoteros durante su ausencia y el que ha llevado la cuenta de los días, se ha embriagado y danza con la energía de un joven. Otro anciano, a quien le picó un alacrán la noche anterior y ha logrado reponerse, se acerca con los ojos encendidos y me confía secretos de los maracames: *"Cuando se canta bonito sale nube bonita. Cuando el Cantador no canta bien, no llueve en el coamil, esto es seguro."*

Luego llega un viejo de 107 años que ya ha tenido dos pleitos y acercando su boca desdentada a mi oído, murmura en secreto:

"El mestizo no vive como nosotros. Reza el Padre Nuestro, el Ave María, los Muertos, Amén y nomás. Lo de nosotros los huicholes sí es trabajoso."

El técnico de las religiones comparadas desaparece tragado por el vendaval. El frenesí de Eusebio puede ser visto como el reverso del ascetismo religioso de que dio tantas pruebas en la peregrinación a Viricota. El fuego, al consumir los adornos de su sombrero, parece haberle arrancado una máscara, devolviéndole su verdadera personalidad. La espesa y revuelta melena cubierta de basura, enmarca un rostro feroz donde el único ojo, contrastando con el globo blanco del ojo muerto, brilla de un modo diabólico. Surge del polvo como un espectro y se entrega a la danza dando saltos y aullidos. En los intervalos consume cantidades prodigiosas de tejuino y sotol o trata de reñir, pero los huicholes son extremadamente pacientes y bondadosos con los borrachos. Pueden escucharlos durante horas sin dar señales de

¹³ Matehuame. El neófito que emprende por primera vez el viaje a Viricota. Antes de llegar a los lugares sagrados se le venda los ojos. Es el "que no sabe y va a saber".

¹⁴ El Tekuamane, un hombre anciano, es el que cuida a las mujeres de los peyoteros durante su ausencia, el que las confiesa el quinto día de haber iniciado el viaje y el que diariamente deshace un nudo de la cuerda kuanari llevando así la cuenta de los días que dura la peregrinación a Viricota.



fatiga y tienen organizado un servicio policiaco de emergencia que se encarga de llevar a los caídos a lugares donde no corran peligro. Eusebio no cae nunca. El vino y las vigiliias, lejos de doblegarlo, aumentan sus fuerzas, mientras los demás se derrumban heridos por el remolino de la locura. De cualquier manera, lo increíble es que la fiesta no haya perdido su coherencia. El mismo Eusebio, cuando una ceremonia lo reclama, oficia en ella guardando las formas escrupulosamente.

EL MONSTRUO QUE HEMOS DESPERTADO

El sábado, penúltimo día de la fiesta, se emplea en preparar nuevos regalos a los huéspedes y en ofrecérselos ceremonialmente. Se ha plantado un arbolito frente al Hombre de las Flechas que permanece sentado en su equipal rodeado de ayudantes. Cada nuevo presente le provoca una crisis y llora convulsivamente. Su emoción se trasmite a las personas del séquito y a los embajadores y todos se miran cohibidos y llorosos sin saber cómo dar por terminada una ceremonia diplomática que fatalmente desemboca en una violenta explosión sentimental.

A las doce reaccionan los invitados de Santa Bárbara y ofrecen a sus anfitriones una pieza de teatro bufo. Se representa el caso de una mujer que vence a varios hombres, lo cual, y a pesar del estado de embriaguez de los varones, no deja de ser un asombroso espectáculo. La mujer toma a sus contrincantes de la melena o de la ropa y los derriba con facilidad después de una breve lucha. Cada victoria aumenta su energía y llega un momento en que no se sabe si representa una comedia o si al calor de la lucha ha terminado por asumir el papel de vengadora de su sexo. Victoriosa una y otra vez, sólo permanece de pie frente a ella el Hombre de las Flechas. Al lado de este gigante ella se ve como un David que para mayor irrisión hubiera tomado figura de una mujer. De cualquier modo, no es un enemigo desdeñable. Sus senos levantan la corta camisa huichola, sus piernas elásticas se dibujan entre los pliegues de la amplia falda amarilla y su actitud resuelta recuerda la de las princesas combatientes que aparecen en los códices. El Maracame, ante aquella furia se finge más borracho de lo que está, y a cada golpe gira sobre sí mismo sin perder enteramente el equilibrio. Al último se derrumba con estrépito —tal como debe haberse desplomado Goliat— y es arrastrado un largo trecho por el suelo. Sin embargo, logra reaccionar y dando un salto prodigioso se escapa dejando los calzones en manos de su enemiga triunfante. El final inesperado de la comedia —la vista del hombre desnudo que huye tratando de cubrirse— causa un efecto de risa loca sobre todo en las mujeres.

En la tarde, Hilario me da una jícara grande de peyote. Marino y yo bebemos una media jícara cada uno, a intervalos. Mi saco de noche está como siempre bajo un toldo de ramas no lejos del calihuey, en la linde de una parcela. Doscientos metros más allá la tierra se agrieta y se hunde formando una serie de profundos barrancos. A la media hora, comienzo a sentir náu-

seas y un malestar creciente. Mi bronquitis, con el polvo, los ayunos y el escaso sueño ha empeorado; los tres días de fiesta me han cansado en exceso. A fin de evitar una escena desagradable me alejo hasta el lugar en que la meseta de Las Guayabas se corta bruscamente y se inician los despeñaderos —una extensión de montañas abruptas que hace pensar en los paisajes renacentistas italianos— y allí me encuentro a Marino en un estado de indescriptible agitación. Después de vomitar regreso a mi enramada. Todavía mi malestar no lo relaciono con el efecto del peyote. Mi referencia, si así puedo decirlo, es la enorme mesa de granito de San Andrés que como un planeta caído en el fondo de la depresión, se levanta frente a mí sin sufrir cambios ni alteraciones. Me preocupa el estado de Marino. Llamo a José y le digo que debe cuidarlo. Sé muy bien que un interés definido puede introducir un elemento razonable, capaz de mitigar el exceso de elementos irrazonables que se acumulan peligrosamente en el delirio y me propongo neutralizarlos inventando una preocupación moral innecesaria.

De improvviso *aquello* se presenta como un poder, como una fuerza misteriosa y temible que se ha provocado deliberadamente. “He provocado al monstruo”, me digo. ¿Qué monstruo? El que está afuera, agazapado en un barranco o agazapado en un pliegue de nuestra conciencia. Un monstruo que en cierto momento despierta —porque lo hemos despertado— y no sabemos lo que va a exigir de nosotros. La convicción de estar frente a una fuerza invisible y todopoderosa, provoca el miedo. El que ha sentido Michaux y el que sienten los huicholes. Tienen miedo de volverse locos, o mejor dicho, miedo al miedo de enloquecer. De cualquier modo para los civilizados o los primitivos, es un “miedo abyecto”. El cerebro se defiende del peligro de ser violado secretando horror. Claro, no se piensa en ese trabajo instintivo que intenta preservar la intimidad del yo. El terror, simplemente, está en un lugar indeterminado. Es un gran dios o una gran potencia nefanda. Nada se sabe de su naturaleza. Lo ve todo, lo sabe todo, está en todas partes. Entre él y nosotros se ha establecido una relación misteriosa. Ignoramos por qué nos juzga. Por qué nos amenaza. Ah, si al menos desapareciera el terror yo podría entender la verdad que se me está revelando, penetrar en el misterio de la vida, pero el miedo me lo impide.

Mi “yo” se extiende sobre los árboles, las peñas, los abismos, los hombres, los venados azules, las águilas, los pájaros nocturnos, los templos de los hechiceros que agitan sus murievis embrujados. Le es dada la unidad. Oreja inmensa percibe el rumor del viento en las hojas nuevas de los robles, el sonido acompasado de los pies de los danzantes que golpean la tierra para que los dioses los escuchen desde sus moradas subterráneas, las toses de los niños, las historias de Hilario, el gemido acariciante de los violines, la voz de las montañas. Fundido, esparcido en este fragmento de vida, la sensación de formar parte de un gran todo, de abarcarlo en su integridad, determina un inmenso ali-





vio. El terror ha desaparecido.

Cintilaciones verdes. Miro la rama que sostiene el techo de hojas y de ahí brotan las cintilaciones verdes. Corren a lo largo de la rama, desfilan, se desvanecen en el aire. Pequeño fenómeno, trae consigo el terror, lo suscita.

Cintilaciones verdes y rojas. Parpadeos. Señales. Cadenas de triángulos verdes, rojos, transparentes. Alguien debe ponerlos en movimiento. No, soy yo mismo el que los produce, el que los ordena. Tarde llego a la comprensión de esa virtud inaudita, pero he llegado. Estoy hecho de un material radiante. Radio esferas, triángulos, rombos. Salen de algún lugar de mi cuerpo —quizá de todo mi cuerpo— y se alinean, corren, desaparecen. Ignoraba que era un ser luminoso y este descubrimiento forma parte de mi sacralización. El Divino Luminoso me ha divinizado. Soy un dios. . .

Un dios incapaz de contener las náuseas. Me doy cuenta cabal de mi lenta divinización. Estoy retorciéndome y vomitando fuera del saco. Tengo incluso la preocupación de no mancharlo. Los espasmos me dejan sudoroso y deshecho.

Ahora se me revela que soy un espinoziano. En realidad, ya era tiempo de saberlo. Nunca he dejado de ser un espinoziano. Yo mismo soy la prueba de su panteísmo. La sustancia infinita, la que intuyó "ese hombre ebrio de Dios", como lo llamó Novallis, es perceptible en el fondo de los abismos. Los huicholes, asimismo, están ebrios de Dios. Todos, por esta embriaguez, participamos de su plenitud, de su amor, de su sabiduría, de su trascendencia. A todos nos comprende en su regazo de granitos fluidos y llameantes.

José, el maestro, está de pie junto a mí y me mira con inquietud:

"¿Cómo se siente? ¿Está ya mejor? —me pregunta. "Sí, José —le digo. ¿Has visto a Marino? ¿Lo cuidan? Lo cuidamos no se preocupe por él."

Spinoza y Marino son dos asideros a los que me aferro tratando de escapar al opresor ambiente de los indios. Este ambiente denso, extranjero, es un cepo. Tengo los pies metidos en los agujeros del cepo. Anhele protección. ¿Dónde está mi valor? ¿Mi panteísmo? ¿Mi sacralización? Han desaparecido y su lugar lo llenan la soledad, el desamparo, la certidumbre de la vejez que también se ha instalado en mi conciencia de un modo artero y subrepticio. ¿Cómo puedo ser yo un viejo? ¿Cómo pudo ocurrir esta metamorfosis horrenda? Es preferible ser un insecto a ser un viejo. La vejez crea monstruos. Nos convierte en unos monstruos.

Tendido de espaldas en mi saco, debo gritar de horror. Eusebio, el Maracame, se inclina sobre mí. Su pelo desordenado, salvaje, la saltada bola de su ojo blanco, su cara contraída, casi roza la mía. Es el diablo Tukákame. Es un fantasma que quiere apoderarse de mi alma. Mi grito lo asusta y desaparece.

Abajo del miedo, de la metamorfosis, abajo, más abajo de todo, se abre lugar la vieja idea que parecía desprovista de una

profunda significación. Lo sagrado es un *mysterio fascinosum* y un *mysterio tremendum*: la primera lección del peyote.

Todo tiene la misma importancia, todo cobra una significación y todo adquiere una naturaleza superior en la gran unidad primitiva, en el Ayer, en el Hoy, en el Nunca. Este perro que ladra, ladró en el comienzo del mundo, ladrará hasta la consumación de los siglos: la segunda lección del peyote.

El mundo es sólo una gran metamorfosis: la tercera lección del peyote.

Una hoguera se enciende detrás de su biombo de hojas de roble y la enramada se transforma en un lampadario, en un repostero de oro de una magnificencia y de un esplendor inconcebibles. Cada hoja carcomida a medias, cada nervadura, su color desvaído, su rugosidad o su textura delicada, pertenecen a otro mundo y todas ellas hacen un conjunto donde no sobra ni falta nada. Descubro las ocultas maravillas de la materia orgánica. Esta enramada contiene la belleza del mundo. No una belleza estática, inmóvil, sino vibrante y fluida, que participa del espíritu del fuego, de su movimiento y es a la vez una cosa acabada, algo que ha llegado al límite y sigue renovando incesantemente su poder expresivo. Es posible que una enramada se convierta en un dios. Inútil describirlo. Estoy ante la belleza del mundo y no puedo fijarla. Escribo trabajosamente en mi libreta: *zarza ardiente*, pero estas palabras no me dicen nada al otro día. Son palabras vacías, completamente estúpidas. Debo haber permanecido dos o tres horas junto a la enramada, absorto en su contemplación. Luego la hoguera se consume y la enramada se convierte en un monstruo de nácar. Cada hoja es una escama fría, aperlada, y está habitada por un secreto indescifrable. Esa es la historia. Estamos a punto de descubrir el secreto del mundo y se nos escapa. El repostero, el lampadario, el ramo barroco, la selva mágica, es una esfinge nocturna. Digo lentamente mi conjuro: *mysterio fascinosum*, *mysterio tremendum*.

Gracias a su vitalidad, Marino se ha recobrado. Casi todo el tiempo que duró su largo y penoso viaje, estuvo en el calihuey, cerca del Abuelo Fuego, un poco como actor y un poco como espectador de la colectiva, diabólica embriaguez que tenía lugar en el templo. Yo, por el contrario, abandonado a mí mismo, privado de la técnica del éxtasis en la que es maestra María Sabina, la gran chamana de la Sierra Mazateca, y deseoso de recobrar mi mundo, no se me ocurrió nada mejor que pedirle a Marino me dijera algún pasaje de la *Divina Comedia*. Marino, bajo la influencia de su pasado delirio, elige instintivamente este paisaje del *Infierno*:

La bocca sollevò dal fiero pasto
 Quel peccator, forbendola a' capelli
 Del cranio ch'egli avea dietro guasto
 Poi comincio: "Tu vuoi ch'io rinnovelli
 Disperato dolor che el cor mi preme
 Gia pur pensando, pria ch'io ne favelli
 Ma se la mie parole esser densemi



Che frutti infamia traditor ch'io rodo
Parlar e lacrimar vedraimi insiemi.

No, verdaderamente no puedo soportarlo. Esta cabeza cebándose en otra cabeza, este cuadro de infernal canibalismo, me parece grotesca e irrisoria. No me ofrece una salida sino la imagen demasiado concreta de un odio que no comparto.

—Basta, Marino, basta —le suplico. Dime algo alegre. La canción de Lorenzo el Magnífico por ejemplo.

Marino, que estudió en un seminario y conoce a fondo la literatura clásica italiana, principia dócilmente:

Quant'e' bella giovinezza
che si fugge tuttavia!
chi volessere lieto, sia
di doman non c'e certezza!

....
Questi lieti satiretti
delle ninfe innamorati
per caverne e per boschetti
han lor posto cento agguati.
Or da Bacco riscaldati
ballan, saltan tuttavia!
Chi volessere lieto sia,
Di doman non c'e certezza.

Debo rogarle nuevamente que se calle. Sufro una distorsión colosal. Quiero escapar a la trampa de los fantasmas indios. La canción de Lorenzo, trabajada con el primor de un camafeo del Renacimiento, me hace más daño que el desnudo verso del Dante. En mi estado, donde una hoja seca de roble ofrece por sí sola toda la gloria del paraíso y crea un deleite visual insospechado, las palabras italianas aparecen cargadas de una comicidad insostenible. Me hiere esta bufonería, esta ridícula impostura. Llamarle a los sátiros satiretti, a los enamorados innamorati y a los bosquecillos boschetti, va más allá de lo que puedo tolerar. Estoy escuchando una opereta, una dulzona canción napolitana acompañada de mandolinas. El verso, de algún modo profana la majestad y el misterio religioso de mi experiencia, esparce sus rescoldos, las cenizas frías que dieron nacimiento al monstruo de nácar habitado por un misterio fascinante. La ópera bufa ha acallado la orquestación, ha destruido la unidad del mundo. Lorenzo el Magnífico me expulsaba del tiempo original, arrojándome a la noche de Las Guayabas y tuve consciencia de aterrizar en mi saco, desconcertado y furioso.

PRIMITIVOS Y CIVILIZADOS

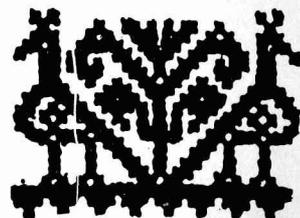
En la mañana del domingo, mi primer cuidado fue examinar el biombo de hojas de roble que la noche anterior había contemplado con deleite. Está a un metro escaso de mi saco y sus

hojas marchitas, la mayoría comidas por los insectos, no ofrece nada notable. Aquella hojarasca se había desacralizado; la abandonaron los espíritus de la noche y perdió su magia. La fiesta, al prolongarse, también ha perdido su magia. Todos presentamos un aspecto de suciedad y de ruina indescriptibles. Las plumas, las banderas, las jícaras, los vestidos, aparecen rotos y manchados. La sangre se ha secado sobre la sagrada parafernalia y la basura tapiza el calihuey y la plaza. Parece un campo de batalla. Los hombres se derrumban. Caen simplemente de sus bancos y permanecen tirados en el suelo hasta que los topiles se los llevan a dormir bajo la sombra de un árbol.

A la una de la tarde da principio la ceremonia del esquite. La mujer de Eusebio, por la categoría que le concede el rango de su marido, es la encargada de tostarlo. Lleva sujeto en su cabeza un murievi y en la mano una escobilla de popotes. Se desgranar primero unas mazorcas de diferentes colores que estuvieron atadas con una cola de venado y se echan en un comal de barro puesto sobre el fuego. Eusebio consagra el maíz, vertiendo sobre él un poco de agua traída de Viricota, y la mujer remueve los granos empleando su escobilla. Poseída de su papel, en ella se ha operado nuevamente la metamorfosis que a fuerza de repetirse ha terminado por sernos familiar. Sin embargo, la dignidad de esta mujer, su concentración apasionada, la importancia de que la inviste su tarea, se encarga de decirnos que encarna, por última vez, la naturaleza de lo sagrado. Los granos de maíz saltan en el comal como saltan los bailarines, ligando así una danza destinada a reproducir la cacería mágica del Venado-Peyote, con el maíz, uno de los elementos que forman la trilogía omnipresente en la vida de los huicholes.

Yo doy por concluida la fiesta del esquite. Acompañado de un vecino, tomo el sendero que conduce a la mesa de San Andrés, y se despliega en sentido inverso este paisaje donde se resume la geografía mexicana. Primero el calor, la caña de azúcar, las guayabas, los plátanos. Luego, poco a poco surgen los robles y más arriba hacen su aparición los ocotes y los pinos. El aire se refresca. Los cantiles, los despeñaderos, los abismos cortados a pico, se levantan sobre nuestras cabezas y crean una serie de escarpas y de murallones, una ciudad fantástica habitada por los dioses que al nacer el sol se quedaron transformados en rocas y en arbustos. Aquí florece la planta kieri, cuyo polen amarillo produce la locura y casi en el borde de la mesa se ha construido un ririqui donde a los muertos se les lleva su comida durante las fiestas con el fin de que se detengan allí y no perturben sus ceremonias.

Detengo la mula en un risco y miro hacia las profundidades del cañón, velado por las nieblas de la tarde. Con trabajos se distingue el calihuey y su explanada al borde de la grieta sinuosa que ha cavado el río. La fiesta y sus extraños personajes se atomizan, desvaneciéndose en el seno de granitos duros y cortantes de la serranía. Todo parece haber sido tragado por el Monstruo de la Tierra. Sin embargo, queda vivo ese esfuerzo por res-





catar el tiempo originario. Desde octubre del año pasado en que iniciamos el viaje a Viricota —el desierto de San Luis Potosí donde crece el peyote— hasta la fiesta del maíz tostado, han transcurrido ocho meses. El largo viaje de los huicholes me recuerda, por contraste, el “viaje” que millares y millares de jóvenes en los Estados Unidos y en Europa emprenden validos de otro ácido: la poderosa LSD, calificada como una bomba atómica cerebral. También ellos interrogan a la esfinge que puede revelar una parte oculta del yo pero guardan silencio sobre la manera de utilizar ese descubrimiento porque los adeptos de la droga, a diferencia de los huicholes, carecen de una “espectativa de salvación”.

Es verdad que los pontífices de la droga hablan de Dios pero el mismo Leary ha reconocido que el 10% del total de los estudiantes norteamericanos acuden al ácido por ser el afrodisiaco más poderoso que ha inventado el hombre.

En tanto que los jóvenes de Greenwich Village y de St. Tropez viajan persiguiendo el Vellochino Sexual oculto en la LSD, los huicholes emprenden el viaje al remoto país de Viricota tratando de repetir la cacería mágica del venado realizada en el tiempo originario. La peregrinación supone un sacrificio y una exigencia de pureza. La carne, su único pecado, es el rasgo más persistente de lo profano, su mancha indeleble y a fin de comulgar con el Divino Luminoso, debe ser tomada mediante una confesión general y una serie de extremosas y obsesivas limpias rituales. De aquí el primer contraste entre un desenfreno sensual y un ascetismo, entre una exaltación de los sentidos y una actitud que consiste, precisamente, en su castigo y en su final anulación.

¿Adónde se viaja? ¿Qué itinerario va a seguirse? El adepto de la LSD, de acuerdo con la propaganda turística, hará un viaje al centro de su cerebro. Traspasadas las barreras defensivas de su coherencia, alterado su funcionamiento mental, asistirá indefenso a la dispersión y fragmentación de su yo, no tendrá antidotos contra el terror, y el vislumbre de sus pequeños infiernos, de la inutilidad de su vida, lo sumirá, con frecuencia, en un estado depresivo que no compensará el deleite momentáneo que pueda proporcionarle la droga.

El viaje huichol está, en cambio, sujeto a un itinerario fijo: son los dioses los que lo han tragado a lo largo de las serranías y de los desiertos. En cada una de sus jornadas ha ocurrido un hecho relacionado con hazañas sobrenaturales. A partir de Tatei Matinieri se entra en un grandioso templo natural —Ririquitá— que tiene puertas mágicas defendidas por venados y, al final, una verdadera escala chamánica con cinco altares azules, a través de los cuales se asciende a la cumbre de Leunar donde se hundió el sol recién nacido.

Los peregrinos, a medida que avanzan por este paisaje encantado, hacen sacrificios y presentan ofrendas a los dioses que jalonan la ruta; un modo de recobrarlos y de adquirir su divinidad, ya que ellos mismos ostentan sus nombres; son sus dobles y sus representantes.

Para el huichol que está bajo los efectos del ácido, la dispersión del yo se traduce en la Comunión con el Todo; el miedo anuncia la presencia de lo divino. Él “oye los cánticos de los dioses, de los árboles, de las rocas, sus palabras misteriosas y resonantes”, él “ve” salir del fuego al Venado Tamatz y transformarse en luminosas flores, en guirnaldas de flores que coronan la cima de los montes, a las flores convertirse de nuevo en venados azules y a los venados en nubes, y a las nubes en lluvia que cae sobre sus milpas lejanas.

Los huicholes solo conocen dos tiempos: el originario y el presente, consecuencia de aquél. Nulifican la historia y su experiencia, aislados en las montañas, condenados a vivir miserablemente, se lanzan una y otra vez a la búsqueda del tiempo perdido y emprenden el Viaje a Viricota, eterna repetición de las hazañas divinas que hicieron posible el orden del ser y de la vida.

Y ésta es posiblemente la lección que los huicholes dan a un millón de jóvenes sobre los cuales, como dice Jean Cau, la prosperidad vacía su cuerno de la abundancia repleto de discos, de minifaldas, de vacaciones en las playas, de coches deportivos, de revistas, de cigarrillos de marihuana y de trozos de azúcar embebidos de LSD. La abundancia no los ha mejorado. Sus viajes, son verdaderos descensos a los sótanos de la psiquis. En una época en que basta decir la palabra moral para provocar una sonrisa burlona, en que se desconfía de los adultos, de sus trampas, de sus *slogans*, de su religión, de su orden, de sus instituciones, de sus consejos pueriles, ¿de qué argumentos valerse para detener el peligro?

Desde luego, el fenómeno LSD es la consecuencia de una cultura, de una prosperidad, de un momento histórico. Atacarla es tanto como atacar las bases en que descansa nuestra civilización. Signo de un gran cambio, tema de sociólogos, de psicólogos, de educadores que producen libros y estudios condenados al fracaso, yo me he concretado a comparar sumariamente, los efectos del “ácido” en una sociedad civilizada y rica con sus efectos en una sociedad primitiva.

Si aceptamos la inexorabilidad de las drogas —y nadie puede negar su realidad— lo sorprendente es que no son los civilizados los que nos enseñan algo sobre su empleo y sus elevadas motivaciones, sino los que viven en el neolítico. La LSD ha dado origen a un mito, pero es muy dudoso que este mito derive a un culto trascendente, a una verdadera elevación espiritual. Los primitivos, en cambio, han creado un mito y un culto de una gran complejidad, que tienen, como sus principales objetivos, el purificarse y el volver a vivir el tiempo originario en que los seres sobrenaturales realizaron sus hazañas creadoras. “Es ésta —escribe Jensen— la actitud humana *par excellence*. La reflexión sobre la actuación divina y la imitación de hazañas de inspiración divina hacen el fundamento de toda verdadera educación. Constituyen sin más la moral religiosa y llevan en sí *la salvación esperada* porque gracias a dicha actitud espiritual el individuo alcanza la plenitud existencial del hombre.”